



BIBLIOTECA

CT3210  
C33  
V.2

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



EVA

Le quitaríais al género humano su principal carácter, si le quitarais la propensión invencible de subir á los orígenes y á las causas. El animal se reduce á lo presente. No llega el radio de sus deseos mucho más allá del límite de sus necesidades. La tendencia sexual únicamente le obliga y empeña en su reproducción, y por la reproducción prepara lo porvenir, mas nunca se convierte á lo pasado, sino en cuanto lo necesita. Todos los recentales se suspenden á la teta de su madre, olvidada para siempre, una vez criados. Cada irracional se desprende por completo de sus padres, así que ha concluído la crianza, y que no ha menester, ni el esfuerzo ajeno, ni el ajeno cuidado. El amor á los que nos dieran el sér, la memoria de nuestros progenitores, el culto á lo pasado, constituyen caracteres propios de la humana especie. Este sentimiento ha producido la familia espiritual, que forman los hombres, tan di-

versa de la rápida familia material, que forman los animales. De ahí han brotado las tribus ó las gentes, de la unión entre la piedra del hogar y la piedra del sepulcro. La diosa, que protege los amores y cura de la prole, representa lo porvenir; el ara, donde se cuece la diaria comida y se calientan los individuos todos de la familia, lo presente; la piedra del campo patrio, bajo la cual descansan las generaciones muertas y sobre la cual brillan las llamas de los holocaustos ¡ay!, todo lo pasado. Por esta tendencia del alma humana, tendencia invencible, á desasirse de lo contingente y elevarse á lo universal, conócese nuestra racionalidad, creadora de las ideas, superiores al tiempo y al espacio, como fuera de sus naturales y restrictas limitaciones. El alma, por espiritual y por eterna, rebosa del tiempo, y se dilata, como un Océano sin límites, por la eternidad. En virtud, pues, de tales propensiones, concluye por preguntarse quiénes son y dónde se hallan sus primeros padres. A esta interrogación sólo puede responder con verdadera exactitud una ciencia, la historia. Pero las ciencias llegan tarde á la humanidad, y el sentimiento con su fe ciega y la fantasía con sus imaginadas creaciones se despiertan muy anticipadamente á la inteligencia y á sus verdades. Por tal razón, antes, mucho antes que la filosofía y la historia, nos han dado idea más ó menos clara

del origen de nuestra especie la religión y el arte. Todas las teogonías hablan del primer hombre y de la primera mujer. Lo que hacen las teogonías en sus dogmas sacros, hácenlo también los poemas en sus estancias hieráticas. Y así, por este medio, el sentimiento y la fantasía satisfacen como pueden á la humana curiosidad, necesitada de subir al cielo del pensamiento y al origen del sér. Tan poética, pues, cual esa flor que despunta precediendo la primavera en el brote ó yema del almendro, y ese gorgojo que anuncia por Abril en cromáticas escalas el celo y el nido, y esa luna nueva en tranquila noche de serenos horizontes, y ese lucero vespertino sobre los resplandores del ocaso, resulta la primera mujer, ó sea la primera sonrisa, la primera lágrima, la primera piedad, la primera luz, la primera inspiración sobre la cuna de nuestra misérrima especie, cuando todavía estaba reclusa en los senos de la naturaleza y entrelazadas sus raíces con las especies inferiores. Nosotros personificamos este prototipo en la hermosa Eva.

¡Cuántas ideas van unidas en el mundo á su nombre! Con decir que debemos llamarla nuestra primera madre y que luce allá en los comienzos de la especie nuestra, dicho está el amor que le tenemos y el culto que transcenderá desde nuestro sér, derivado y tardísimo, hacia ese primero y más bello sér,

en el recuerdo de nuestra memoria, en la escala de nuestros sentimientos, en el cánón de nuestros dogmas, en el albor de nuestra poesía. La madre, que ha llevado á la humanidad en sus entrañas, merece todo nuestro culto, pues en espíritu representa esa maternidad santísima, que nos lactó á sus pechos, para depositar su alma en el alma nuestra por toda la eternidad y que nos comunicó para mezclarlos con nuestra vida la miel de sus rosados labios y el amor de su pródigo corazón. Así, pues, la hemos representado en su primera aparición, pura é inmaculada, como que las flores no tenían espinas entonces, los astros ocaso, los animales odios y guerras, el horizonte nubes y el mundo males; hecha la tierra su peana y el cielo su tienda, las especies sus siervas y los soles sus lámparas, pues exenta de culpa y de mancilla, vivía en el edén apropiado á sus necesidades y resplandeciente de vívido éter, como si en toda la creación se transparentara y se viera el espíritu de su divino Criador. No puedo yo apartar mi pensamiento de aquel poema escrito por las bóvedas de nuestra sublime Sixtina en líneas y en colores. Mujer desnuda y purísima, de formas escultóricas, en quienes la grandeza no excluye la gracia, proporcionada como una estatua y armoniosa como una oda, grande cual cumple á la madre de tantas grandezas, y tierna y delicada

cual cumple al primer ejemplar de su sexo, levántase á la voz de Dios, y apenas ha erguido sus rodillas del suelo donde brota como un árbol engalanado con la pompa de larga cabellera ondulante sobre sus espaldas, pliega las manos con adoración verdadera y lanza con arrebatamiento atrás la cabeza como significando toda la gratitud que debe á su Hacedor quien, con el soplo de la vida y el calor de la sangre, recibe aquella hermosura no comparable á ninguna de cuantas cosas bellas la rodean en conciertos sin fin y en perspectivas sin término sobre aquella tierra sin pecado y bajo aquel cielo sin sombras. En todas las artes, en todas las religiones, en todas las teogonías, en todas las historias se halla este dogma de la identificación completa entre la inocencia del género humano, la pureza edénica del planeta recién nacido y la hermosa é inmaculada primera mujer, que brilla como una estrella en la primera mañana del mundo, en la primera edad del tiempo, en la primera vida del hombre y en el primer florecimiento de nuestras virtudes y de nuestra fantasía.

¶ Pero la vida no tiene solamente la felicidad, el placer, el bien; tiene tantos dolores y penas tales ¡ay!, suma de males tan enorme, que no sería Eva nuestra madre, si dejara de representar y personificar todo esto en su nombre y en su vida. Por uno

de sus lados el contingente y complejo sér, que recibiéramos del cielo, toca en la luz y en el amor; mas también toca en las tinieblas y en la muerte. Con los aromas de las flores y de los prados mézclase un hedor insufrible y espantoso, que nos apeseta y nos emponzoña, el hedor de todos los excrementos producidos por el vicio. No se ha exentado la mujer del fatal destino que pesa con pesadumbre incontrastable sobre la creación universal, y que se asienta en la cumbre del universo como una especie de nefasto dios. El mal ha subido tan alto que ha enredado á los ángeles mismos del cielo, prendiéndolos en su inmensa telaraña. Los que habían extendido el azul de los espacios infinitos con el éter que los aviva y los esclarece, aunque batían sus alas ante los resplandecientes santuarios del Eterno y habitaban las inaccesibles cumbres de la perfecta bienaventuranza, heridos un día por el mal, que les cortó el vuelo, cual suelen las arterias de los cazadores á las lejanas aves, cayeron á una en el infierno, y todavía están llorando allí su culpa sin remisión y su pena sin remedio. ¿Qué había de suceder á la primera entre las mujeres? O no representar la mísera humanidad nuestra, ó representarla en su dualismo inevitable de bien y de mal. Eva está en el Paraíso y fuera del Paraíso, como la humanidad está en el bien y fuera del bien. A Eva se

aparece la universalidad y suma de las cosas como un compuesto de aromas y de mieles, cuando la sonrío una inmaculada inocencia en aquellas edades ignorantes por completo del mal y de sus horrores. Así representa la niñez inmaculada, la virginidad intacta, la inocencia sin pecado, el edén primero sin átomo de mancha ninguna, la fe que no vacila, el amor que no acaba, la inspiración que no yerra, el bien primero, sin esfuerzos y sin combates, la ignorancia completa del mal y de la muerte.

× Pero ¡ahl que no es tan sólo esto nuestra mísera +  
humanidad. Ved ese astro, que despide por doquier efluvios de luz y de vida, extendiendo el calor de sus amores por la inmensidad animada completamente á sus besos. Pues bien, lo rodea el vacío y la noche, lo encierra el abismo, lo persigue la nada, lo mancha el mal. Cuántas veces, al ver volando una mariposa, que lleva, en el encaje de sus alas transparentes, aéreas paletas, donde van disueltos colores varios, prestados por cálices, corolas, follajes, ¡ahl olvidáis que tantas preseas, tantas transparencias, tantos iris, minutos antes eran asquerosa oruga, minutos después serán frío cadáver. Para ir del seno de nuestras madres al seno de nuestras tumbas, como nacemos entre lágrimas y sangre, como subimos al crecimiento de la juventud por la escala trabajosísima de ásperas inquietudes; cuántas pon-

zoñas en la felicidad y bienaventuranza del primer amor; qué desengaños al anhelado logro de cualquier deseo; el dolor en todo lo anhelado, el hastío en todo lo conseguido; la gloria junta con su compañera la calumnia; el poder á dos dedos de la deshonra; toda riqueza con su cuidado, todo día con su pena, todo arte con su defecto; la más cumplida bienandanza rodeada por el temor de perderla; el amigo traidor, la infiel amada, la prole ingrata, una guerra sin tregua, una enfermedad continua; en la vejez achaques, en las agonías torcedores y remordimientos, en la muerte olvido y frío; ni siquiera la esperanza de guardar un sepulcro sobre tierra, que ha de acabarse y extinguirse, no dejando ni huella de su paso en lo infinito: he ahí la humana vida, rodeada por doquier de perdurables maldiciones. Pues bien, Eva no merecería el nombre de nuestra madre, si Eva no representara también este lado tristísimo de nuestro sér, herido en su contingencia por la inevitable fatalidad y por la inmensa pesadumbre del mal. Es á un tiempo nuestra pristina inocencia y nuestro primer pecado.

Naturalmente ha buscado la curiosidad nuestra su origen al mal, y por un consentimiento común de las teogonías más adoradas y seguidas, halo visto en la mujer, que comienza por halagarnos, sigue por seducirnos y acaba por perdernos. El mal

aparece primero, ateniéndonos á las universales tradiciones cristianas, en el ángel, y con la sublevación del ángel empaña y oscurece todo el universo. La existencia del mal precede, pues, á la existencia del hombre, y mucho más á la existencia de su inseparable compañera. Pero el mal en la tierra, el mal en la especie nuestra, el mal en este nuestro mundo y en este nuestro planeta, débense á sugestión de la mujer, que tienta y pierde al hombre. Criado éste á imagen y semejanza de su Dios, recibió cuerpo y alma en armonía perfectísima. Su cuerpo recogió la vida circulante por todo el planeta, como la recogen árboles y animales. El alma recogió aquel espíritu divino, especie de soplo vivificador, como antes lo habían recogido en la gloria, del seno de lo increado, los ángeles criados. Merced á estos dones, el hombre tuvo sensibilidad, inteligencia, razón, todo lo que había menester para el conocimiento. Y además tuvo una facultad, por la cual se pertenecía, en plena pertenencia, el hombre á sí mismo, la facultad maravillosa de su albedrío. Y ya con esta proporción armoniosa en su cuerpo hermosísimo, con esta inteligencia y razón en su alma cuasi divina, con esta voluntad en su ánimo libre, pareció el hombre como un compendio del cielo y como una imagen de Dios. A mayor abundamiento, el que lo había creado púsolo

en jardín conocido con el nombre de Paraíso, y allí, libre del pecado, libre del mal, del error libre, á todo género de achaques exento, necesitando para vivir tan sólo respirar, clementísimos los elementos con él, á él avasallados los animales, gobernadas todas las cosas en concertadas armonías, floreciente y aromado el universo, destilando mieles dulcísimas la savia universal y avivado el éter, sin que ninguna sombra lo amenazase y oscureciese, realizaba su natural vocación y cumplía el bien para que fué criado.

¿Quién ha derramado el soplo letal por tanta vida? ¿Qué suspiro glacial ha helado las flores brotadas en los árboles maravillosos del Paraíso? ¿Qué sombra se ha interpuesto entre un cielo siempre claro y una tierra siempre regocijada y florida, para oscurecer aquél y emponzoñar á ésta? El hombre paradisiaco, todo inocencia y todo virtud, no se hubiera jamás rendido al mal sin un ardor, despertado en sus sentidos, que le condujo, contra toda su voluntad, y por una especie de perversísima reducción, al abismo. Verdad que tenía su albedrío y, por tanto, era dueño de perderse ó salvarse á su grado; pero de los bienes, que lo circuían tan gratamente, no hubiera salido, y de la vocación, que lo llamaba con sus reclamos al cielo, no hubiera de seguro renegado sin una grande

seducción, y esta seducción la ejerció astuta serpiente sobre nuestra primera madre y nuestra primera madre sobre Adán. Por consecuencia, si hay acerbidad en toda levadura de vida, tristeza en todo esfuerzo de trabajo, incertidumbre y dudas frecuentes en todo amor, lágrimas en los ojos, espinas en las flores, dolores en el corazón, provienen de la presencia del pecado, y la presencia del pecado proviene de sugestión del sexo, que despierta con sus halagos y con las tentaciones de sus placeres esa voluptuosidad, á cuya corrosiva ponzoña se corrompió y se pudrió todo el universo. Así, cuando la humanidad padece, cuando las desgracias, compañeras de nuestro sér, se amontonan en oleajes encrespados y en remolinos terribles sobre la frente de todos los débiles y de todos los enfermos, un grito de maldición se alza desde los senos de todas las generaciones hasta el alma de la mujer, de la Eva tentadora, por no habernos prevalido contra la serpiente, que llevaba en sus fauces los huracanes del infierno, y por no habernos conservado en aquella pristina inocencia, mediante la cual se dilataba el edén hasta donde se dilataba el espacio. La madre de nuestra especie humana, por motivo y razón de todas estas creencias, lleva sobre sí el peso abrumador de todos nuestros males y la responsabilidad terrible de todas nuestras

desgracias. De aquí tantas místicas propensiones á renegar de la mujer y ofrecerla, en la sucesión de los siglos, como ruina y perdición del hombre.

¡Horrible injusticia! De no habernos hecho Dios idénticos á sí, el mal estaba en lo contingente, y lo contingente de suyo en el hombre y en la mujer á un tiempo. Sólo aquella inteligencia, omnipotente y absoluta, que lleva en sí el arquetipo de todos los ideales y el ser y la razón de todas las cosas, como lleva en sí lo infinito mundos y soles, puede brillar sin el eclipse de la duda, sin el ocaso de la noche, á todo error exenta; sólo en aquel conjunto de lo creado y de lo increado, que forma el universo con la suma total de todas las idealidades y de todas las realidades, existe sin límites ni restricciones el bien supremo y perdura por toda una eternidad; pero, donde quiera que aparece lo contingente, ha de aparecer con él todo lo fugaz, aquello que ha de ser error en la mente y en la naturaleza enfermedad ó muerte. No podríamos exentarnos á tal ley sino exentándonos á nuestra propia complexión y haciendo del mal y del bien relativos, á que nuestra vida y nuestras obras están sujetas, no hechuras nuestras del albedrío propio, sino presentes y donativos del cielo, quien, á cambio de lo donado, podía bien desvestirnos y despojarnos de cuanto constituye nuestra naturaleza, de la querida liber-

tad. Creamos, pues, el mal unido á nosotros, el dolor puesto en nuestra sensibilidad, la duda y el engaño en nuestra mente, la maldad mayor ó menor en nuestro albedrío, no tanto por sugerencias de la encantadora mujer que la tradición ha colocado en los comienzos del humano tiempo, como de una imposición infligida por nuestras limitaciones naturales á nosotros mismos, á nuestros hijos con nosotros, y á los hijos de nuestros hijos hasta la consumación de los tiempos. El mal estaba en la esencia misma de las cosas contingentes, como está de suyo la muerte, tan temida, en el suceder y en el pasar de todas las cosas perecederas y fugaces. Podremos explicar el mal de esta ú otra suerte, podremos imputárselo á este ú otro sér; mas realmente no lo descuajaremos jamás del terreno propio, donde arraigan sus raíces, de la humana limitación, sujeta por ley natural á irremediables contingencias.

Realmente la tradición edénica se halla lo mismo en las teogonías de las razas arias que en las teologías de las razas semíticas. Todas ellas atribuyen á la inocencia del hombre una edad completa de paz en el universo. Las edades van degenerando en cuatro largos períodos, de los cuales el primero se llama edad de oro, cuando el último, es decir, el más cercano á nosotros, se denomina edad de hie-

ro. Por consecuencia, esta tradición de un edén primitivo resulta universal, y en lo que todos los pueblos disienten es en los orígenes del mal, atribuyéndolo unos á protervia de un Dios malo y otros á falta del hombre que deslizó la mentira, el error, el pecado, con plena conciencia y por su propio albedrío, en el seno de la creación. Allá en las edades indias, Adhima comete una falta semejante á la falta de Adán. Él y su mujer vivieron comprendiendo que habían recibido todas las cosas indispensables á su vida y sér de manos del Creador, procurando por esta creencia serle agradable y repetir los ecos de su inteligencia y las obras de su voluntad en el mundo. Así gozaban de mil ventajas. Pero una tarde, cierta deva engañosa les llevó los frutos de la mentira, y comieron de ellos treinta días seguidos. Así, de las mil ventajas que gozaran en su felicidad, sólo conservaron una tras su desgracia. En cuanto comieron de la mentira, el primer impulso de su voluntad, viciada por el mal, condújoles á la caza. Una cierva herida cayó á sus plantas, y esta cierva, hermosa y blanca, les enseñó con sus ojos mortecinos y con su voz doliente la existencia en este nuestro bajo y triste mundo de aquello que no sabían, la existencia del abismo llamado sepultura, en la cual caemos empujados por la muerte. Desde aquel entonces llamáronse mortales para siempre los

que hasta aquel entonces habían conocido tan sólo en el Paraíso la vida con todas sus embriagueces y todas sus felicidades. No extrañemos, pues, que se halle tan extendida la tradición de una edad edénica y de un pecado femeníl expresamente venido á malograrla y perderla. Consérvase todavía, en los primeros museos de nuestra Europa, babilónico cilindro, donde se hallan inscritas figuras que representan verdaderos símbolos cosmológicos. Y allí se ve lo mismo que vemos en las bóvedas de nuestra Sixtina, en las logias de nuestro Rafael, en los cuadros de nuestros primeros pintores católicos, toscamente grabados, como cumple á una edad en que las artes no habían podido eximirse de cierta rudeza, coronados por sendos turbantes, al pie de un árbol cuyas ramas se tienden horizontalmente, hombre y mujer, quienes alzan sus manos á coger dos gruesas frutas. Al pie de la mujer se arrastra una serpiente, la deva de Adhima, la parca de Prometeo, la culebra caldea, la serpiente Apap entre los egipcios, la Syros entre los fenicios, la no menos astuta y no menos poderosa del mazdeismo, que prueban cuán extendida se hallaba en la mente más ó menos tosca de los pueblos más ó menos primitivos esta leyenda universal de la seducción con que la serpiente perdió á la mujer y con que la mujer perdió al hombre.